

donde nacen las turquesas⁽¹⁾

DANIEL BELMAR

Premio Literario "ATENEA" 1951

Daniel Belmar es el gran novelista de la ciudad de Concepción y de toda la zona; en sus temas y personajes reviven los tipos y costumbres regionales en su vivo y hermoso paisaje, tratados con rotundo realismo colorido. Nacido en 1906 en el Territorio de Neuquén, en la República Argentina, hijo de chilenos, cursó sus humanidades en el Liceo de Temuco y se graduó en la Escuela de Farmacia de la Universidad de Chile de Santiago, en 1927.

En 1949 asumió la cátedra de Farmacotecnia en la Universidad de Concepción. Profesor universitario de su especialidad durante 20 años, se acogió a jubilación en 1969. En este período fecundo, se hizo compatible la cátedra con la actividad de creación literaria, publicó toda su obra de resonancia nacional y americana.

Obras publicadas: "**Roble Huacho**", novela (1948), 5 ediciones; "**Oleaje**", novela (1950); "**Coirón**", novela (1951), 7 ediciones chilenas y una cubana; "**Ciudad Brumosa**", novela (1952). "**Desembocadura**", relatos (1954); "**Sonatas**", novela (1955); "**Los túneles Morados**", (1962); "**Evocación de Temuco**", (1962); "**Detrás de las Máscaras**", novela (1966). En preparación: "**Donde nacen las Turquesas**", novela.

Premios: Además del Premio Literario "ATENEA", ha recibido los premios Municipalidad de Santiago, Municipalidad de Concepción, Pen Club de Chile y "Mauricio Fabry" de la Cámara Chilena del Libro.

(1) Fragmento de su novela en preparación.

Después de seis horas de viaje incómodo y monótono, el tren lo dejó en la estación de **Cuatro Caminos**. Ya no llovía. En el andén esperaba tío Leonardo, viejo, rústico, desaliñado. Le costó reconocerlo. No en balde transcurrió el tiempo, treinta años o algo así, de ausencia. El tiempo irremediable. Tío Leonardo. La agreste barba roja de entonces blanqueaba ahora en una perilla faunesca, mordida a trechos por estrías irreverentes de tabaco. Solamente la risa conservaba el antiguo vigor, esa risa diabólica, erizada de pelos y dientes, esa risa que volteaba mujeres como salaz ventarrón. Esa risa. Y la nariz de incendio, porosa, filtrante, fresa obscura a punto de pudrirse. Fugazmente le cruzó el recuerdo grotesco: tío Leonardo, las solapas chorreadas de lamparones, los hombros punteados de caspa, la nariz estucada con gruesa costra de barro curandero, recitando con voz campanuda y gestos de payaso aquello de *Moza tan fermosa/ non vi en la frontera...* Ahora, junto al abrazo le transfiere su olor, un olor plural, indefinible, olor a vino con harina tostada, a orégano, a río, a humo. Van en silencio por las calles desiertas, calles de pueblo, estropeadas, remendadas, zurdidas, desniveladas, tendidas a lo largo de casas viejas, maltrechas, habitadas por gentes oscuras, furtivas, temerosas del sol, **gentes-ratas o gentes-murciélagos**, deslizándose en penumbras tras quehaceres misteriosos y amenazantes. Hay aún otras casas. Abandonadas. Definitivamente roídas y muerdas. Cayéndose. El silencio sumerge a los cuartos húmedos en una ola densa y trágica, en espera de cierto acontecimiento terrible que se prepara en alguna parte. Algo de pronto rompe la quietud. Los grillos frotan sus limas agoreras. La carcoma roe los envigados, los tabiques, los marcos, las cornisas, moliendo las maderas en un polvillo impalpable que aparece en las junturas, acumulándose. No se empleó la piedra en estas construcciones, ni cemento, ni cal. Sólo madera. Es este un pueblo vegetal, por lo tanto predestinado a sucumbir. Las casas condenadas alientan los últimos vestigios de la selva primigenia, la humedad, la sombra, la carcoma y el polvo. Ahí va el hombre, rumbo al viejo **habitat**. Tío Leonardo no se despegaba de su lado. En las esquinas bajaban o subían por ciertas escaleras crujientes. Subían o bajaban. Súbitamente desaparecieron los pasos resonantes de tío Leonardo. El hombre tuvo la sensación de ir solo, bajando, solo, en un descenso interminable. Hacia una transparente claridad. Hacia los años

de la infancia. En un viaje de vértigo en que se perdían los detalles y sólo se acusaban las sensaciones. Nada perduraba. Un soplo mágico aventó de pronto colores y aromas, formas y volúmenes, luces y sombras. Sintió de nuevo a su lado las pisadas de tío Leonardo. Era otra vez la realidad, lo próximo, el mundo al alcance.

Tía Isabel, tan vieja, tan gorda, tan risueña, lo abrazó entre risas y lágrimas. No logró conmoverlo. Tuvo que contestar un aluvión de preguntas, todas triviales.

—¿Sí?

—Sí.

—Y ¿cómo está Marcelita?

—Interna, en el College, desde que murió su madre. Yo no podía atenderla, usted sabe, un hombre solo... Está muy bien, de novia con un gringuito, un gentleman, un inglesito de Gales. Lo conoció en un baile del College...

—Yo te lo digo, tendrán un nieto de ojos azules... ¿Y tu hermano? ¡Qué habrá sido del pobre ese! No tenemos noticias desde el día en que se fugó la niña esa. Pobrecillo, tan incauto, cayó chanchito...

Y otra vez las risas y las lágrimas. El hombre intuyó la insinceridad de estas últimas. No propiamente falaces. Sino mecánicas. No producidas por la emoción sino por el esfuerzo al reír. Por prudencia para evitar un sartal de preguntas de respuestas imposibles, soslayó la verdad.

—A mi hermano se lo tragó la tierra...

No era mucho más lo que sabía de Galilei en aquel tiempo. En años recientes, alguien, un vendedor viajero, alguien así, trajo las primeras noticias, un tanto vagas y confusas. Poco a poco la información fue tomando cuerpo, perfilándose, concretándose. Punta Arenas, antes de la etapa del petróleo y del jet, era para la gente del norte sólo un nombre geográfico. Sólo un fantasma brumoso. Una ciudad fantástica perdida en los hielos. Pero el avión y el petróleo la aproximaron. La hicieron casi familiar. Fueron y vinieron ingenieros, periodistas, vendedores, profesionales, marinos, comerciantes, obreros, en fin todo tipo de adelantados. Ellos dieron vida a un mundo fascinante, epopéyico, en que la verdad andaba de la mano con la leyenda. El hombre pensaba en lo difundido de este conocimiento, no valía la pena redescubrirlo. Más, por ahí fluctuó la pista verdadera. Atando cabos y coyunturas, sugerencias y realidades, logró configurar una imagen del hermano perdido, tal vez no exacta, al menos aproximada.

—Yo te lo digo, tendrán un nieto de ojos azules...

El vaticinio de tía Isabel rondaba alegremente por entre sus pensamientos, aligerándolos de cierta concreta densidad. Vino rauda, leve, con levedad de Vilano, una pregunta de humo: ¿Dónde nacen las turquesas? ¿En el país de Gales? ¿En las islas Baleares? Lecturas antiguas, reminiscencias casi olvidadas cobraron de pronto un relieve actual, una contemporaneidad abismante. Aparecieron en la memoria nombres de razas extintas, caldeos, pelasgos, etruscos, fenicios, cartagineses, celtas... Por ahí andan las turquesas, se dijo, masticando con fruición las cortezas doradas del pan de tía Isabel. El pan añorado. Alto como una torre. Sabroso hasta la última migaja. Cocido en horno de barro, ese pan aromaba su infancia, la trascendencia de olores tiernos y tibios. Pensó fugazmente en su madre, muerta al dar

a luz la pareja de gemelos. Sólo podía imaginarla. De ella no quedó ni un retrato, ni una ropa, nada. Ni una estampa siquiera. Sólo dos trenzas, sedosas, que tía Isabel guardaba en el fondo de un baúl. Olían como el pan esas trenzas. Sí. Eran un mismo aroma, las trenzas, su madre, el pan. Desde su más remota niñez, desde que asomaron los recuerdos, acaso desde antes, se fundieron en su sangre y en su espíritu, identificándose, el olor del trigo y el aroma a pelo de esas quedejas conmovedoras. Nunca más volvió a encontrar entre las muchas mujeres que conoció, ese olor materno y sedante. Como un destello del subconsciente vislumbró el afán que le empujó con fuerza irresistible a esa búsqueda constante y obstinada, y destructora. Una palabra elástica vino a golpear su conciencia: **castidad**. No en el sentido convencional, fisiológico, sino en el plano del sentimiento. De estar en lo cierto, pensó, hasta la más abyecta prostituta conservaría un germen intacto de pureza. Un soplo de consuelo refrescó las imágenes, aligerando cierta informe pesadumbre. Reparó en la faz sardónica de tío Leonardo. Es el vino, pensó. El vino que ahuyenta a los lobos, el buen vino de la alegría.

—¿Vamos donde las **niñas**?

En la voz de tío Leonardo brillaba una nota de picardía.

—¡Vamos pues, hombre! Se acabó el **fuerte**.

Otra vez las calles tenebrosas, malolientes, desiertas. Sobre una puerta, una luz. Una mirilla cautelosa. Una mirada furtiva. Y un cerrojo rechinando tras el examen aprobatorio. El hombre reconocía el lugar, los espejos desmesurados, la pista de baile, la cantina, el altillo de la orquesta. Pero todo aparecía descolorido, sucio, pobre. Ni la sombra de otros tiempos, el de la juventud, el del apogeo de la madera. Bullían entonces los rumbosos trastnochadores, bailando con ninfas desbordantes de tulles, de gasas, de joyas y de alegría tan falsa como las joyas, al compás de los violines imperiales. Entonces, **champán**, cognac, cigarrillos egipcios. Ahora, vino pipeño, píseñer, tagarninas pestilentes, repujando la época de la decadencia de los bosques. En lugar de los violines, un piano desafinado, impudico, innoble, aporreando sin piedad por un gigante en camiseta, de bíceps descomunales y torso de luchador. Tío Leonardo susurró a su oído, ése que toca el piano es el dueño del **quilombo**, un matón temible, cuidado con él. El fondo azumagado de los espejos soltaba la imagen también de cuatro o cinco mujeres que se acurrucaban friolentas en torno a un braserillo moribundo, mientras una ronda inmóvil de bohemios astrosos, seriotes, remendados, empinaban el codo bebiendo largos tragos de un vino tenebroso. Aparentaban una gran dignidad, una parsimonia quebrada a ratos por hipos repulsivos que les sacudían desde los zapatos hasta los sombreros, porque, eso sí, no faltaba más, **sombreros**.

Una de las mujeres se levantó de pronto y se aproximó con aire dubitativo y acechante. Una mujer en ruinas, raída, molida por los años. Los dientes atrozmente rotos. Bajo los ojos acuosos, dos buches líquidos, colgantes, móviles. Una falda oscura, cortísima, impudica, descubría las rodillas hinchadas, espantables, de corvas socavadas, enjutas. La mujer avanzaba sin despegar los ojos del hombre que pensó rápidamente: ¿quién será este **chuchó**?

—Balear ¿no te acuerdas de mí?

La voz ronca y pastosa se inundó no obstante de singular dulzura. La mujer esperaba con ansiedad la reacción del hombre que permanecía mudo, los ojos entrecerrados, tenso, tratando desesperadamente de recordar. Cuando soltó las facciones, derrotado en el intento, la mujer aclaró las brumas:

—Soy Alice.

¿Alice? No era posible. Alice. Su pensamiento voló hacia el pasado, hacia la adolescencia luminosa. Alice. Una imagen luminosa también ocupó el lugar de la prostituta decrépita y desdibujada. Ojos verdes, pestañas sedosas, dientes perfectos. Y una piel de trigo, un cuerpo pleno y frutal, fontana sumisa en qué diluir cobarde, impunemente, los turbios deseos. Más de una vez, lejos ya de **Cuatro Caminos**, hundido definitivamente en el trágico de los días, lesionado por las injusticias que rebajaban la condición humana de tantos seres indefensos, y el mismo, crucificado en las aspas de un empleíllo vacuo y sin destino, pensó más de una vez en un **evangelio de las putas**. Pero asustado por la magnitud de la empresa, abandonó esa rebeldía estéril y declamatoria de **noche de sábado** en medio de siniestras borracheras con los compañeros del Archivo. El Archivo. La horrenda colección de copias, copias, copias. Y polillas. Todo un mundo demencial y absurdo. Y ahora, Alice. Desapareció repentinamente la imagen frutal y centelleante, dejando en su lugar una rosa seca plantada en la arena. Sintió el deseo imperioso de huir, de fugarse de una realidad que le pareció atrozmente acusadora. Lo detuvo un silencio súbito, hostil. Los astrosos clientes miraban, las mujeres miraban, el **pianista-cabrón** miraba. Uno de los asistentes, un tipejo furtivo como un roedor, sopló unas palabras provocadoras.

—Por lo menos una ponchera, ganchos... Y si no tienen plata, aquí está su amigo...

El pianista destapó una sonrisa de colmillos negros ribeteados de oro.

—Buena chato, hombre, buena.

La camorra se veía venir. Pero tío Leonardo, conciliador, emotivo, tendía ya manos patriarcales deteniendo la arremetida inminente.

—Este caballero es sobrino mío, veníamos a escuchar un algo de música... Para que no se diga, don Jesucito, ponga una botella de blanco, de la casa...

El llamado **Balear** volvió las espaldas al grupo y masculló entre dientes, no, tío Leonardo, no puedo beber más, vamos. Al tiempo que traspasaba el umbral sintió un repulsivo garganeo y luego el impacto viscoso, blando, del salivazo. Humillado hasta los tuétanos, temeroso, deprimido, apuró el paso, seguido por un coro de risotadas estruendosas. Desde la calle escuchó una canción absurda.

Pare, chofer,
cayó un hombre de guata...
Siga, chofer,
que ya se levantó...

Pero, por sobre el lamentable y grotesco episodio reciente, revivía intensamente el recuerdo de Alice. No era ella precisamente el centro de la transformación. Sino el tiempo. El tiempo destructor. El tiempo que aniquila toda lozanía, todo verdegal.